MUSELiNES

ARQUITECTURA - INTERIORISMO - DECORACIÓN - HOME - ARTE



UNA MIRADA PARA DESCUBRIR

PAÍS VASCO 2026-2027

Ignacio Goitia

El artista que decidió habitar sus propios cuadros



Hay artistas que representan el mundo y otros que prefieren construir uno nuevo. Ignacio Goitia pertenece, sin demasiado margen para la duda, a esta segunda especie. En su universo, las jirafas entran en los palacios sin pedir permiso, los personajes contemporáneos ocupan escenarios históricos y las grandes arquitecturas parecen esconder historias que nunca llegaron a figurar en los libros.

Elegante, singular y ajeno a cualquier molde, Goitia podría confundirse con uno de los habitantes de sus pinturas. Tal vez por eso resulta difícil precisar dónde termina la persona y comienza el personaje.

Nacido en Bilbao en 1968, licenciado en Bellas Artes y doctor en historia del arte por la Universidad del País Vasco, lleva casi cuatro décadas construyendo una trayectoria marcada por la pintura, la arquitectura y los viajes. Tras la pandemia, amplió su universo hacia los papeles pintados, los tejidos, la porcelana y los objetos, y abrió sus tiendas-galería de Bilbao y Madrid.

Conversamos con él sobre Bilbao, la arquitectura del poder, los viajes, la libertad creativa y esas jirafas que llevan décadas paseándose por la historia del arte con una tranquilidad envidiable.

946 27 60 51
ignaciogoitia.com
Dr. Achúcarro, 1 - 48011 Bilbao
Plaza de las Salesas, 3 - 28004 Madrid


Foto: JJ. Lezamiz

Antes de hablar del pintor, nos gustaría descubrir al personaje. ¿Quién habita detrás de ese universo de palacios, jardines y jirafas?

Últimamente me preguntan mucho dónde termina la persona y dónde empieza el personaje, y la verdad es que no sé si existe una diferencia real. Detrás estoy yo: alguien apasionado por el arte desde niño, curioso y muy implicado en las cosas que le interesan. Trato de contar historias reinterpretando la historia, que no es lo mismo que revisarla. La mayoría de los edificios que aparecen en mis cuadros existen. Se habla a veces de «arquitecturas imposibles», pero no lo son: son reales y pueden visitarse. Incluso hubo quien organizó un viaje por Baviera siguiendo edificios que había visto en mis pinturas. Me parece maravilloso que un cuadro pueda convertirse en una guía de viaje poco convencional.

Al observarte, uno tiene la impresión de que también podrías ser uno de los personajes de tus cuadros. ¿Hasta qué punto tu vida forma parte de tu obra?

Forma parte por completo. Cuando construyes un mundo propio, es lógico que termines habitándolo. A veces aparezco claramente; otras basta con ponerle unas patillas a un personaje. No cuento literalmente mi vida, pero sí estoy presente. Los lugares que aparecen en mis obras suelen ser espacios que he conocido y que después revivo desde la memoria. No los reproduzco: los vuelvo a habitar.

¿Recuerdas cuándo comprendiste que el arte sería tu manera de relacionarte con el mundo?

Lo recuerdo perfectamente. Durante los viajes que hacía con mis padres, cuando tenía siete u ocho años, visitábamos muchos museos. En el Louvre entré en las salas de pintura francesa y vi La Libertad guiando al pueblo, de Delacroix, además de obras de otros grandes autores. Ante esas obras pensé: «Me encantaría pintar así». Allí apareció la certeza de que quería dibujar y pintar. A veces una vocación comienza así: un niño entra en una sala y ya no vuelve a mirar el mundo de la misma forma.

Naciste en Bilbao. ¿Qué permanece de aquella ciudad en tu manera de mirar?

Permanece muchísimo. El Bilbao del siglo XIX y principios del XX es profundamente ecléctico: iglesias, bancos, viviendas y edificios públicos combinaron referencias de París, Roma, el renacimiento, el barroco o el románico. Cuando estudiaba historia del arte, encontraba los estilos en los libros y después los veía mezclados en los edificios de Bilbao. Una profesora me explicó que aquello era el eclecticismo y el historicismo: arquitecturas nuevas construidas a partir de lenguajes de otras épocas. Así aprendí a comprender la historia del arte a través de mi propia ciudad. Y algo de ese eclecticismo permanece en mi trabajo: mezclo tiempos, personajes y referencias para crear otra cosa.

¿Cómo conviven en ti la formación en Bellas Artes, la historia del arte y la libertad creativa?

Conviven muy bien. Conocer la historia permite observarla críticamente. Hay relatos que quizá no fueron justos o que se contaron desde una sola perspectiva. Cuando construyo mi universo puedo transformar esos escenarios e introducir situaciones que entonces no habrían sido aceptadas. Eso me permite preguntarme qué habría ocurrido si la historia se hubiese contado de otra manera. El arte siempre ha educado a la sociedad: transmite valores, modelos de











comportamiento y formas de entender el mundo. Por eso mi intención es invitar a reflexionar. El arte debe abrir preguntas.

Tus obras parecen situarse entre la memoria, el viaje y el sueño. ¿De dónde nace un universo tan reconocible?

De la mezcla de todo eso: del viaje, del conocimiento, de la memoria y de los intereses personales. Cada uno posee una coctelera distinta en la cabeza, y esa combinación termina haciéndonos únicos. Vivimos en una sociedad que nos empuja a seguir modas y a parecernos. Yo creo en la autenticidad como una forma de libertad y felicidad. Cuanto mejor nos conozcamos, más libres seremos.

La arquitectura ocupa un lugar esencial en tu pintura. ¿Qué encuentras en ella?

La arquitectura me interesa desde niño. Vivimos dentro de ella: salvo cuando entramos en la naturaleza, casi todo cuanto nos sucede ocurre en un edificio o en un trazado urbano. Me interesa analizar su lenguaje, su semiótica: qué significa un edificio y qué pretende comunicar. Las grandes construcciones históricas están casi siempre relacionadas con el poder. Una iglesia, un palacio o un panteón poseen una escala monumental que reduce visualmente al individuo. Ese contraste no es inocente. Hoy continúa sucediendo con los rascacielos: sigue siendo una competición por la imagen y la representación del poder.

¿Y es ahí donde entran las jirafas?

Exactamente. Introducen humor, pero también ayudan a reflexionar sobre la escala. Algunas arquitecturas están tan sobredimensionadas que parecen construidas para jirafas y no para personas. La primera apareció durante un Erasmus en Inglaterra, en 1991. Como no tenía un estudio suficientemente grande para los formatos que me interesaban, empecé a realizar collages con fotografías y fotocopias. En uno de ellos coloqué una jirafa en el Panteón. Después viajé a Roma y de aquel material surgieron los primeros cuadros. No todo el mundo las recibió con entusiasmo: «Me encantan tus cuadros, pero esos animales son un horror», me decían. Hoy son un emblema de mi obra. Intentar desalojarlas sería complicado.

Has vivido y estudiado en distintos países. ¿Cómo han transformado los viajes tu mirada?

Yo diferencio entre viajar y hacer turismo. El turista consume lugares; el viajero intenta comprenderlos, observarlos sin prisa e interiorizar lo que ve. Cuando estudié el renacimiento, me marché dos meses a una academia de dibujo en Florencia para contemplar, vivir e interiorizar aquello que había aprendido. Al año siguiente hice algo parecido en Roma con el barroco. Ante las ruinas de la basílica de Majencio empecé a reconstruir mentalmente sus arcos y proporciones. Había leído muchas veces sobre la escala romana, pero solo entonces me sobrecogió. Una cosa es leer el conocimiento y otra permitir que penetre en la piel.

Tu pintura ha salido del marco para instalarse en paredes, tejidos, porcelanas y objetos. ¿Cuándo descubriste que también podía ser habitada?

La idea llevaba tiempo rondándome. Durante años pensé en alquilar un escaparate en una buena calle de Bilbao para mostrar mi obra y acercarla a la calle. Todavía hay personas a las que les intimida entrar en una galería. La transformación comenzó durante la pandemia. Empecé casi como un juego con los pañuelos, después llegaron pequeños pop-ups y todo fue creciendo. Un día vi en Bilbao un local con una fachada preciosa y un cartel de alquiler. Me detuve y empecé a imaginar lo que podía suceder allí. A los cuadros, la obra gráfica y los pañuelos se sumaron

vajillas, pantallas, cojines y otros objetos. Fue una manera de permitir que mi obra saliera del lienzo y conviviera con la gente.

Actualmente cuentas con dos tiendas-galería, en Bilbao y Madrid. ¿Qué representan para ti?

Son una mezcla de tienda, galería, escenario y extensión de mi imaginario. En ellas puedo expresarme libremente y construir cada rincón como deseo. Después de trabajar con galerías, instituciones y museos, sabes que casi siempre existen límites. En mis espacios, la libertad es total. Una de mis máximas es: «Si quieres algo y no existe, invéntatelo». Eso es lo que he hecho. He creado los lugares que me habría gustado encontrar.

Esa libertad te ha llevado también a colaborar con interioristas, empresas e instituciones. ¿Hasta dónde puede llegar hoy tu universo?

Puede llegar prácticamente a cualquier lugar, siempre que exista un proyecto interesante... y, a ser posible, presupuesto. La imaginación es muy libre, pero los materiales siguen enviando facturas. Los papeles pintados se diseñan a medida para cada espacio: la intención es darle una nueva vida, no colocar simplemente una imagen sobre una pared. Trabajo con particulares, empresas, arquitectos e interioristas, y he realizado intervenciones, escenografías y proyectos museográficos. Lo fascinante es que no existe un final definido. Una pintura puede convertirse en una habitación, una vajilla, un escenario o un objeto.

«Un artista que entra en la historia y cambia las reglas»

En un panorama artístico que a menudo busca la ruptura desde la oscuridad o la provocación, tú reivindicas la belleza, el color y el humor. ¿Es también una forma de rebeldía?

Sí, sin duda. Frente a un mundo cada vez más hostil, considero importante buscar la belleza y el conocimiento. Vivimos un momento de empobrecimiento cultural y de desconocimiento de la historia. Cuanto menos sabemos, más fáciles somos de manejar. Mi trabajo busca reflexión y seriedad, pero mezcladas con humor. Creo que se consigue mucho más con una sonrisa que con un grito. Eso no significa renunciar a la crítica: el humor puede ser una herramienta muy poderosa. La educación, la belleza y la ironía no son formas menores de rebeldía; a veces son las más eficaces.

Ignacio Goitia habla de la historia como quien conoce sus habitaciones secretas, pero se niega a dejarlo todo donde lo colocaron los siglos. Introduce nuevos habitantes, modifica las escalas y permite que una jirafa contemple aquello que parecía reservado a reyes, dioses e instituciones. En su obra, la belleza es una forma elegante de formular preguntas y el humor abre puertas que quizá permanecerían cerradas ante un discurso más solemne. Queda flotando una de sus frases: «Si quieres algo y no existe, invéntatelo». Es una buena manera de entender sus cuadros, sus tiendas y, quizá, también la vida.

